

IGNACIO ALMADA BAY, *Álvaro Obregón. Caudillo del pasado, espejo del presente*, México, Crítica, 2024, 463 pp. ISBN 978-607-569-762-8

El compromiso con la historia debería ser el título de esta breve reseña de la obra escrita por el historiador y médico Ignacio Almada Bay. Álvaro Obregón no es sólo un personaje del pasado, es una memoria social y familiar que marcó a las generaciones posteriores, a las que pertenece el autor. Las preguntas sobre la personalidad de Obregón no son sólo de un investigador acucioso que va a los archivos a revisar todos los materiales disponibles, sino la búsqueda de una respuesta a los familiares que han vivido en las décadas posteriores bajo el estigma de la violencia que Álvaro Obregón generó durante sus años como revolucionario y gobernante.

En varios momentos de la lectura, la respuesta que da el personaje Abundio Martínez, en la novela de Juan Rulfo, sobre quién es Pedro Páramo, un “rencor vivo”, parece ser un hilo conductor que une las secuelas de los hechos con la memoria social que se construyó y reconfiguró sobre las razones por las que, por ejemplo, Álvaro Obregón ordenó el asesinato de su amigo Arnulfo R. Gómez. De igual forma, el general Francisco Serrano, que además era su pariente, fue ultimado cuando intentó impedir la reelección del hombre de Huatabampo. El asesinato de dos individuos tan cercanos que se entrelazan en vínculos familiares que se cruzan en años posteriores y que marcaron al autor del libro. Ignacio Almada tiene parientes en los tres sentidos, los Obregón Salido, los descendientes de Arnulfo R. Gómez y de quien le salvó la vida a Obregón, el general Serrano. Además, el apellido Bay lo vincula con el exgobernador Alejo Bay (1923-1927), quien estuviera en dicho cargo durante el final de la presidencia de Obregón y en la mayor parte de la de Plutarco Elías Calles. Álvaro Obregón y Alejo Bay, ya como senador, acudieron en 1928 a la boda de los padres de Ignacio Almada Bay. Ahí estaba también el sucesor de Alejo en la gubernatura, Fausto Topete Almada.

Así, para el autor del libro, Álvaro Obregón no es un nombre que aprendiera en los libros de historia. No es sólo el triunfador de las

batallas en contra de Villa en el Bajío. No es una figura que aparezca en el nombre de una calle o una colonia, sino el entrelazamiento de personajes que se relacionaron en la Revolución y en lo más alto del poder en México durante las siguientes décadas. Álvaro Obregón es un referente unificador de la memoria social y familiar, en la que hablar del asesinato de Francisco Serrano es un factor de unión y división familiar. Es un relato que marca el sentido de las palabras y una memoria viva, un rencor, un gusto, una selección de pláticas y un sentido de que el pasado no se queda en el pasado, por lo que los silencios debieron ser también amplios, largos, porque el dolor vuelve en las generaciones posteriores.

Por ello inicié con la afirmación de que el libro *Álvaro Obregón. Caudillo del pasado, espejo del presente* es resultado de un compromiso con la historia. Es el producto de un trabajo de larga data, en archivos, fuentes bibliográficas y hemerográficas, donde el investigador no sólo se encuentra con los datos, los comentarios y las opiniones de momentos que marcaron la historia de México, sino con detalles que incidieron en la vida del autor. Si algo de ese pasado hubiera sido diferente, ¿las reuniones familiares habrían tenido otro matiz? El investigador observó en la abundante documentación las razones de por qué el caudillo Obregón fue tan inteligente y suspicaz que generó tanta polémica, amistades y rencores que son necesarios para explicar la historia mexicana y, como he dicho, la familiar, donde las tías y los primos opinan de acuerdo a los linajes familiares entrecruzados.

Por ello, el autor señala su pertenencia a la extensa parentela. Lo menciona desde el inicio para destacar la importancia de las redes familiares que explican la participación de parte de los sonorenses en la Revolución mexicana. Éstas fueron clave para entender la pertenencia a las élites locales que, poco después, apoyaron algunas a Francisco I. Madero, y luego, la defensa de la soberanía estatal y con ello, el inicio de la participación de Obregón en contra de las huestes de Pascual Orozco. Obregón, viudo, con hijos, involucrado en el gobierno local, no se levantó con demandas sociales, sino por motivo políticos. Colaboró con las tropas federales en contra de Orozco, quien en ese entonces era el revolucionario más conocido, para defender la autonomía estatal. Poco después, con el asesinato de Madero, era ya un referente regional para que el gobernador de Sonora, Ignacio Pesqueira,

lo tomara en consideración para, unidos con Venustiano Carranza, organizarse a fin de defender la soberanía del estado, mientras que el hacendado coahuilense se erigía como el gobernante legítimo que lucha contra quien había llegado al poder de manera ilegítima, Victoriano Huerta. Obregón fue nombrado jefe de la Sección de Guerra y de las Fuerzas del Estado.

Ignacio Almada es prolijo en detalles sobre los movimientos de Obregón. Éste, conocedor de la geografía, de la importancia de la frontera, en particular Nogales, y negociador que vinculó el conocimiento del territorio y de los hombres y mujeres que lo habitaban. Obregón se movió con inteligencia para derrotar a las tropas federales y al mismo tiempo recibió los embates de los primeros revolucionarios, quienes se sentían con más derechos dada su pertenencia al maderismo. Sin embargo, en el terreno de las armas, el que triunfó gracias a su experiencia en la frontera fue Álvaro Obregón. Tuvo la habilidad para unir a los indígenas mayos en su entorno con la modernidad que representaban las nuevas formas de comunicación. Destacamos el tema fronterizo puesto que, desde Nogales Arizona, Roberto Pesqueira, hermano del gobernador, era el encargado de organizar la entrega de los materiales de guerra. Controlar el norte de Sonora fue clave no sólo para Obregón. En los años siguientes, el interés por este espacio fue siempre un territorio por dominar, de ahí se alimentaron los ejércitos y las relaciones locales con los gobiernos del sur de Arizona, claves para el abastecimiento y los acuerdos para el traslado de los productos sonorenses hacia Estados Unidos.

Ignacio Almada demuestra su capacidad para organizar y narrar, con base en los expedientes del Archivo Histórico de la Secretaría de la Defensa Nacional y del Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, los detalles de las numerosas batallas en las que participó Obregón. Afirmar lo anterior es porque en gran medida la obra es una reivindicación de la historia militar en la que las batallas, el conocimiento del terreno, las armas disponibles, los flancos por los que se obtienen ventajas, se vuelven fundamentales para comprender al personaje. En ese sentido, el minucioso trabajo realizado con mapas y descripciones de la geografía nos muestra el interés de conocer y demostrar la inteligencia de Obregón, al mismo tiempo que se presenta una postura historiográfica en la que el poder, y en este caso el caudillo,

no es resultado de propaganda o historiografía zalamera, sino de cómo este reconocimiento se obtuvo en su presente, en cada movimiento y en cada batalla que fue ganada en la incertidumbre. Ganar no fue sólo porque estuviera en el destino, fue producto de las medidas específicas, pensadas en la preparación de la batalla y en la ejecución y adaptación.

Las batallas en el Bajío son narradas con detalle. Es el historiador que, en contra de tendencias contemporáneas, demuestra que el combate no es sólo para mencionar a los ganadores, sino para explicar los triunfos con base en los movimientos y estrategias. En la batalla de La Trinidad, Obregón perdió el brazo, lo que permite, como en otros momentos, que la profesión de médico ya señalada conozca a detalle los efectos y las prácticas de la época. Semejante a ello, cuando se descarta que Obregón tuvo sífilis, o la forma en que analiza las balas que dieron muerte a Francisco Serrano.

Obregón, presidente y en su lucha por el regreso al poder, es presentado en su intensa movilidad como empresario y gobernante que, sin duda, aprovechó su condición para incrementar su capital. Pero lo importante era el regreso. Era, señala el autor, el poder por el poder. Obregón, sin importar las purgas que se realizaron en las rebeliones de Adolfo de la Huerta y posteriormente a los seguidores de Serrano y Gómez, fue brutal. Amigos y parientes, como José J. Obregón Salido, fueron dados de baja del ejército. Hubo proyectos, pero los mismos actores que habían sido clave para el ascenso de sonorenses al poder, los llevaron a enfrentarse con esa parentela que, en las primeras páginas del libro, fueron la explicación de la logística revolucionaria.

Leer *Álvaro Obregón. Caudillo del pasado, espejo del presente*, es repensar prácticas historiográficas y sin duda, reflexionar sobre cómo el futuro y el pasado se relacionan en diferentes planos. En este caso, en un libro que abre posibilidades para ubicar el estudio de las memorias sociales y familiares y sus efectos en el largo plazo. Paradójicamente este libro, es producto de ello.

Marco Antonio Samaniego López
Universidad Autónoma de Baja California